

inmutables por su naturaleza, un impedimento, que pueden serlo perpétuo para los beneficios más esenciales de la sociedad conyugal, cuales son la tranquilidad y la paz, establecen razon más poderosa de divorcio que el adulterio, con tal que los cónyuges se separen de mútuo consentimiento.»

Pero no fueron estas las únicas publicaciones que salieron de la pluma de Milton durante los dos años en que le vemos separado de su mujer. En 1644, á ruegos de su amigo Hartlib, dió á luz su *Tratado sobre educacion*, que generalmente se ha considerado como una utópia sobre este asunto, porque exige una multitud de conocimientos y de ilustracion en la juventud, que sólo pueden adquirirse á fuerza de años y de experiencia. Rara vez acontece que lós hombres de génio sean buenos preceptores: adquieren fácilmente sus conocimientos, las más veces por intuicion, y dan en la pretension de medir la capacidad de los demás por la suya propia. La lentitud y pasos graduales en que realmente consiste la educacion, se reservan á los hombres de más paciencia y por decirlo así, de inferiores facultades. El génio es impetuoso; la rutina igual, lo mismo mañana que hoy, y sabe bien hasta dónde se puede ir y dónde conviene detenerse.

Pero el año en que se publicó el *Tratado sobre educacion*, fué notable por la aparicion de una obra de extraordinario mérito, la *Areopagítica* ó *Discurso por la libertad de la imprenta, sin restricciones*. Dirigió Milton este escrito al Parlamento, que por cierto es de los en prosa el más elocuente, y el que con-signa más verdades de perpétua aplicacion y máximas más dignas. Los hombres, dice Milton, son virtuosos cuando rechazan el mal por voluntad propia, no cuando se apartan de él por necesidad. «Para mi, añade, no es digna de alabarse la virtud fugitiva y enclaustrada, jamás combatida ni en peligro, que no provoca ni acomete á su adversario, sino que se fortalece en aquellos que conquistan la corona inmortal con mil afanes y fatigas.»

El Parlamento habia promulgado una órden para regularizar la imprenta, en que se decía: «Ningun libro, folleto, ni papel, se imprimirá en lo sucesivo, que primero no obtenga la aprobacion y licencia de los designados á este fin, ó por lo ménos de alguno de ellos.» Milton acudió al Parlamento para que examinase de nuevo esta órden, y para recordarle que el someter á un autor á la ignorancia ó capricho de los censores, era invencion de tiempos modernos, recomendándole tambien que no diese en la ilusion de suponer que semejante ley bastaria para desterrar de la imprenta los malos libros, pues por el contrario sostenia que sus

efectos podian ser «ante todo desalentar á los hombres doctos y ahuyentar la verdad, no sólo haciendo inútiles todos nuestros conocimientos, sino imposibilitando cuantos descubrimientos pudieran hacerse en lo sucesivo tanto en lo civil como en lo religioso.» El principio, añade, de poner freno á la imprenta, so pretexto de que no debe difundirse el error, no bastaba para acabar con la controversia, dado que ningun hombre puede refutar un error sin publicar este mismo error para refutarlo. Que no debe castigarse á los malos porque se suponga que son capaces de cometer maldades, sino que debe esperarse á que estas se cometan, y que lo mismo acontecia con los libros. Al discurrir así, Milton deseaba que la licencia absoluta de la imprenta fuese un indicio seguro de libertad, mientras las leyes concernientes á la traicion, á la sedicion, á la difamacion y á la blasfemia no estuviesen más en consonancia con aquel artículo. La licencia para imprimir tal como se concedia, era un fútil privilegio, si el gobierno se reservaba el poder de castigar aquellas faltas como le pluguiese. Al defender Milton que la libertad absoluta de imprenta debia hacerse efectiva, debiera haber llevado su reforma á todos aquellos vicios que pudieran llamarse colaterales; pero estaba aún muy distante el siglo XIX para que se realizase aquella ilusion en nuestra historia.

Milton, sin embargo, tenia muchos amigos, que sabedores de sus ideas en esta vital cuestion, le instaban para que las publicase, y muchos contestaban á sus exageraciones luego que lo ponía por obra. La influencia de aquel germen así defendido en el espíritu de la legislacion, si no era del todo decisiva, no dejaba de ser considerable. La accion de los censores durante el Parlamento Largo, quedaba entorpecida y limitada por tan ilustradas opiniones; un funcionario hubo que renunció tan odioso cargo, y en tiempo de Cromwell quedó abolido. Milton defendia y exponia de la siguiente manera sus argumentos y amonestaciones: «Yo no he de ocultar ni á mis amigos ni á mis enemigos lo que por todas partes se dice, que si volvemos á las represiones inquisitoriales y á las licencias, y tenemos miedo de nosotros mismos, y sospechamos de los demás hasta el punto de asustarnos con cada libro, y temblamos ante cualquier papel ántes de que sepamos su contenido; si algunos de los que casi se conservan mudos, nos prohíben leerlo todo, excepto lo que á ellos les agrada, no es fácil adivinar que intentan más una segunda tirania para la ciencia; y en breve quedará fuera de toda duda que los obispos y los clérigos, en el nombre y en los hechos son lo mismo para

nosotros.» Pero el poeta se entusiasma con su teoría como con una visión profética. Londres era para él un gran arsenal espiritual, en que se estaban forjando armas de todas especies para llegar á aquel gran resultado. «Me figuro en mi ignorancia una nación noble y poderosa, que sacude el sueño como un hombre vigoroso y rompe sus apretadas ligaduras; se me representa como un águila que ensaya su poderosa juventud, y fija sin deslumbrarse sus ojos en el ardiente sol del mediodía, avivando y purificándose su vista largo tiempo ofuscada en la fuente misma del esplendor celeste; mientras el clamoreo de las aves tímidas y agrupadas, así como de las que apetecen el crepúsculo, revoloteando alrededor y no comprendiendo aquella novedad, predice con sus envidiosos gritos un año de disturbios y divisiones.» Nuestros lectores interpretarán este discurso, y á fuerza de leerlo y analizarlo, adquirirán una impresión exacta del sublime y profético espíritu que en él domina.

En 1645 publicó Milton una colección de sus poemas, incluyendo todos los sonetos que había escrito en el mismo año. Los nuevos sonetos se referían á los clamores que se habían levantado á consecuencia de las publicaciones del autor sobre la cuestión del divorcio, así como los que llevan el nombre de *Lorenzo, Ciriaco Skinner* y *Enrique Laves*, y los de *Lady Margarita Ley* y *Una jóven virtuosa*. En el prólogo de este tomo, Moseley, el editor, dice: «los poemas de Spencer, en estos ingleses, están imitados de tal manera, que los aventajan en dulzura.»

La jóven en cuya alabanza está escrito uno de los nuevos sonetos, suponen que se llamaba miss Davis, á quien Milton, hallándose viudo, empezó á dirigirse con ánimo de hacer de ella una segunda esposa. Esta jóven, que se pinta como muy bella y de una familia respetable, parece que dudó antes de contraer semejante vínculo, el cual aunque agradable para ella en más de un sentido, no podía ménos de exponerla á murmuraciones y desdenes sociales. Al propio tiempo se verificó un cambio repentino en las circunstancias de Milton, de tal naturaleza, que no dejaba lugar á duda alguna: por el verano de 1645 obtuvieron los Parlamentarios la victoria decisiva de Naseby; la causa realista quedó vencida desde aquel día, y entónces vieron los Powells que la alianza con Milton, no solo era una cosa segura, sino ventajosa. El corazón de Maria Powell, que es de presumir anduviese en vacilaciones, con el rumor de que su marido solicitaba la mano de otra, no debió quedar muy satisfecho de los nuevos acontecimientos.

En este estado se hallaban las cosas, cuando Milton devolvió una visita á cierto amigo llamado Blackborough, en St. Martin's-le-Grand. No era Blackborough el único de los amigos de Milton que deseaban dejarse á la mujer con quien se había reconciliado, y esta visita dió ocasión para averiguar si podría tener lugar. Mistress Milton tenía su habitación en lo interior de la casa; se presentó repentinamente, se arrojó á los piés de su esposo y le rogó con lágrimas y evocando pasados recuerdos, que no la diese al olvido. Dicese que Milton vaciló al principio, pero cedió por fin; y al declarar que se olvidaba de lo pasado, podemos estar ciertos de que así sucedería: nadie por lo ménos duda de que la reconciliación de Adán y Eva por el poeta, fué una viva reminiscencia de los sentimientos que le sugirió esta escena.

Al año siguiente Mr. R. Powell, de Forest Hill, estaba «de guarnición en la ciudad de Oxford, cuando ocurrió su rendición.» En el archivo de los Papeles de Estado hay un documento firmado por el general Fairfax, de 27 de junio de 1646, en que concede á Powell libre salida con sus criados, caballos, armas, efectos y todo lo necesario para dirigirse á Londres ó á otro cualquier punto, según lo creyese indispensable. Powell se encaminó con toda su familia á la capital, donde su cuñado, á quien tan bajamente habían insultado y desacreditado, los recibió en su casa y los hospedó en ella por espacio de algunos meses. Pocas semanas después de su llegada, nació el primer hijo de Milton.

El último poema latino de nuestro autor, fué escrito á principios de 1647. Era la *Oda á Juan Rouse*, el conservador de la Biblioteca Bodleiana. Á principios de 1646, murió en su casa el padre de su esposa, y doce meses después falleció también su propio padre, que durante algunos años permaneció tranquilamente en su compañía. Viéndose sucesivamente libre de los individuos que formaban la familia de su mujer, y con la muerte de su padre en mayor independencia de acción, Milton se mudó á poco, en 1647, desde su espaciosa casa de Barbican á otra más pequeña en Holborn. Esta casa de Holborn, dicese que tenía accesorias á Lincoln's Inn Fields, sitio que en aquel tiempo correspondía á su nombre más que al presente. En la casa de Holborn nació la segunda hija de Milton, Maria.

En 1648 añadió nueve Salmos á los que ya había traducido. Aquel año fué poco favorable á la tranquilidad de estudio de los ingleses que estaban identificados con los negocios públicos. El partido del Rey quedó derrotado en todas par-

tes. Carlos fué hecho prisionero, primero por los escoceses, despues por los presbiterianos ingleses y últimamente por los independientes. Los independientes, y Cromwell en especial, no sólo estaban dispuestos á respetar la vida del Rey, sino que, á ser posible, deseaban entrar con él en algun acomodamiento; pero las dilaciones, intrigas y engaños de su Majestad, además de frustrar todo proyecto de aquella especie, indignaron á los hombres que hubieran podido servirle, y convencieron al ejército de que su vida no seria nunca más que un tejido de conspiraciones contra la vida de las personas que se atrevieran á oponerse á su voluntad. ¿Cuáles eran las ideas de Milton respecto á los acontecimientos que podian producir semejante resultado? ¿Dónde se hallaba cuando Carlos compareció ante el Supremo Tribunal de Justicia, y dónde cuando su cabeza, sin corona ya, rodó sobre el cadalso? No lo sabemos; lo que sabemos es que en su opinion, como en la de sus compatriotas en lo general, la guerra empeñada no se habia suscitado contra la monarquía. El objeto de la lucha habia sido establecer la monarquía sobre una base constitucional compatible con la libertad; fracasado este intento, la alternativa era una república; y cuando ésta sobrevino se oía decir á todos: «nosotros no hemos traído esto; ello ha venido por sí; y convencidos como estamos de que hay una voluntad superior á todo nuestro poder, nos conformamos con ella, y en caso necesario demostraremos tener razon suficiente para hacerlo así.» Milton era uno de los que explicaban en estos términos su conducta.

Muerto el Rey, los Presbiterianos prorumpieron en grandes gritos y fulminaron las más amargas invectivas contra los Independientes, como perpetradores responsables de aquella muerte. Milton que hubiera perdonado esta inculpacion á los antiguos realistas ó la gente ignorante del pueblo, no podia tolerarla procediendo de aquel partido, y por eso pocas semanas despues de la muerte del Rey, publicó su folleto titulado: *Procedimiento de los Reyes y los Magistrados*, cuyo objeto, segun parece, era en cuanto se relacionaba con el castigo impuesto al Rey, «más bien reconciliar los ánimos con aquel hecho, que discutir la legitimidad de la sentencia que se habia pronunciado.» El argumento sin embargo, vá más allá de lo que indican estas palabras, pues la proposicion se encaminaba á probar «que es legal y en todos tiempos se habia sostenido que, quien quiera que estuviere en el poder, podia residenciar á un tirano ó á un rey perverso, y una vez adquirido el convencimiento de que lo era, deponerle y condenarle á muerte, si los magistrados ordinarios no se resolvian ó se negaban á hacerlo.» Despues

quedó demostrado que los Presbiterianos, tan censurados á la sazón por haber depuesto al Rey, fueron los que no sólo le depusieron en el Senado, sino que en el campo alzaron contra él la cuchilla del verdugo. La evidencia de los hechos y la irrefutable lógica de esta publicacion, hirieron profundamente á los Presbiterianos, los cuales habian ya denunciado á Milton, y esta vez con mas energia que nunca; pero el objeto del escritor fué no tanto granjearse la voluntad de aquel partido, como reducirle á silencio exponiendo sus debilidades y su falta de sinceridad.

El trabajo de Milton que en el orden de tiempo sigue á este, fueron sus *Observaciones sobre los artículos de la paz con los irlandeses rebeldes*. Estos artículos redactados por Ormond, el Lord lugarteniente, á nombre del Rey, demostraban que Carlos, faltando á sus más solemnes compromisos, se preparaba á llevar adelante sus intentos con ayuda de los católicos irlandeses, y á favor de cualquiera otra circunstancia de que pudiera aprovecharse. Las firmas que acompañaban á este pacto se habian puesto trece días ántes de que el desdichado Rey fuese públicamente ejecutado. «Tal es, dice Milton, los frutos de mis estudios privados, que ofreci gratuitamente á la Iglesia y al Estado, y por los que recibí por única recompensa la impunidad, aunque estos actos me procuraron la tranquilidad de conciencia y la aprobacion de los buenos, poniendo en práctica la libertad de discusion de que yo era tan partidario. Sin trabajo ni merecimiento alguno lograron otros honores y utilidades; pero nadie me vió solicitar cosa alguna para mi mismo ni por medio de mis amigos; ni se me halló jamás en actitud suplicante á las puertas del Senado, ni haciendo la corte á los magnates. Yo acostumbraba á estar retraído en mi casa, donde mis bienes propios, parte de los cuales habian sido secuestrados durante las revueltas civiles, y parte absorbidos por las opresoras contribuciones que habia satisfecho, me proporcionaban escasa subsistencia. Cuando me veía libre de estas atenciones, y pensaba que pronto gozaria de un intervalo de paz no interrumpida, volvía mi pensamiento á una historia de mi país que abrazase desde los tiempos primitivos hasta el presente.»

Esta historia inglesa era un asunto muy favorito de Milton, pero no llevó su narracion más allá de la conquista. Como historia no tiene mucha importancia; pero como obra en que Milton revela sus pensamientos y su gran inventiva aplicada á una serie dada de sucesos, á pesar de estar formada de fragmentos, no deja de